

ORACION CIVICA
QUE EL CIUDADANO
MANUEL M. DE
ZAMAONA Y MORFI,
MIEMBRO DE LA SOCIEDAD
LITERARIA DE PUEBLA,
PRONUNCIO EN ESTA CIUDAD
EN EL ANIVERSARIO
DE LA ENTRADA DEL EJERCITO
TRIGARANTE
A LA CAPITAL DE LA REPUBLICA

PUEBLA 1850

COLECCION DE DISCURSOS PATRIOTICOS
JORGE DENEGRÉ VAUGHT PEÑA

CONSUMACION DE LA
INDEPENDENCIA

Este libro forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
www.juridicas.unam.mx
<http://biblio.juridicas.unam.mx>

Exmo. e Ymo. Sr. Obispo de esta
Diócesis

ORACION CIVICA

que el ciudadano

MANUEL M. DE ZAMACONA Y MORFI,

MIEMBRO DE LA SOCIEDAD LITERARIA

DE PUEBLA,

PRONUNCIÓ EN ESTA CIUDAD

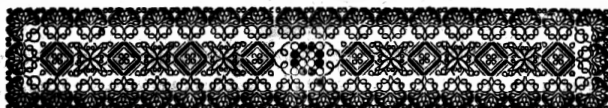
EN EL ANIVERSARIO

DE LA ENTRADA DEL EJÉRCITO TRICARANTE

á la capital de la república.



IMPRENTA ANTIGUA EN EL PORTAL DE LAS FLORES.



CIUDADANOS:

Repugnancia tal vez, para hablaros de nuestra libertad é independencia miéntas impunemente nos las roban enemigos esteriore, ó temor de ofender á alguna de las facciones intestinas que han figurado en nuestro último trastorno político, y que se han acostumbrado á oír alternativamente en esta tribuna la voz de la adulacion y del sarcasmo, hicieron infructuoso el afan con que la junta patriótica á que tengo el honor de pertenecer, buscó fuera de su seno quien aceptase la honrosa comision de dirigiros la palabra en este dia, y la obligaron á encomendarme por segunda vez el desempeño de tan delicado encargo. Si razones tuve para dudar aceptarle, no fué el recelo por cierto de tomar parte en una solemnidad que solo á los espíritus ligeros puede parecer irrisoria. No, ciudadanos, por grave que sea el peligro que amenaza á nuestra independencia, no es una irrision la fiesta que celebramos. Tan grande es, tan heroico el acontecimiento á cuya conmemoracion está destinada, que haceis bien en reuniros á mi derredor; venid á cobrar recordando nuestras glorias el entu-



sismo y el brio que tanto hemos hoy menester, para salir airoso de la difícil prueba á que la Providencia nos ha sujetado. Y aun cuando un presentimiento funesto nos negase tal esperanza, aun cuando supiésemos que los invasores extranjeros venian á borrar nuestra nacion del continente americano, aun cuando la muerte de la patria fuese inevitable, moriría con dignidad refugiada en los sepulcros de sus herces, y engalanada con los troféos que en época mejor supieron conquistarle. Sí, ciudadanos, á la faz del universo y en cualesquiera circunstancias podemos celebrar la memoria de nuestros padres; el recuerdo de su gloria puede dar segunda vida á la patria, y hacer respetable para la posteridad el nombre mexicano.

Tampoco temo al pisar este lugar, deslizarme á la desliznable arena en que las facciones civiles se combaten. Los recuerdos á que este día se consagra, arrebatan el espíritu hasta un punto de vista mas general y elevado. Desde él solo se percibe un mundo nuevo que brota frente á frente del antiguo, como un teatro preparado por la Providencia para una nueva edad del género humano; razas vigorosas que se derraman sobre un territorio vírgen; la mano de la Providencia sujetándolas al principio á la tutela de nuestros predecesores en la civilizacion, y constituyéndolas al fin en naciones libres y soberanas; las simpatías consiguientes á la analogía de origen, de condicion y de historia; la semejanza de costumbres é instituciones; un mismo espíritu animando, una misma civilizacion; mil indicios en fin, que hacen presentir en las naciones del nuevo mundo un destino comun, un porvenir misterioso: y en un cuadro tan vasto y magnífico la lucha de los partidos, la sucesion de los gobiernos y las modificaciones en la organizacion interna de las repúblicas, son por menores muy menudos para que como objeto principal puedan fijar el pensamiento. Nuestra independencía es un hecho de tanta magnitud que nos dió á un tiempo pasado y por-



venir. Por su procedencia se pierde en lo pasado, allá en la eternidad de los decretos divinos; y por su trascendencia se liga en lo futuro con el destino final del género humano. Truncan, pues, un suceso de tales dimensiones los que le miden por sus consecuencias presentes; y para inculcar á la nacion la importancia del acontecimiento que hoy celebramos, y para derramar en el pueblo palabras de vida, ántes que presentar-le el espectáculo desmoralizador de lo presente, ha de hablársele de lo pasado y de lo venidero. Los pueblos no deben marchar con la cabeza baja mirando solo el terreno que pisan: entra en los designios del cielo que comprendan el término de su peregrinacion social, y que se detengan á trechos para asegurarse de que no se descaminan. El Autor de las sociedades no quiere instrumentos ciegos; divide con ellas, por decirlo así, su inteligencia y su voluntad, haciéndoles entender el destino á que las llama, y dándoles la libertad y los medios de cumplirlo; y así como se goza en hallar instrumentos inteligentes y dóciles, tambien estermina al pueblo reacio en secundar los designios providenciales y sordo al instinto que se los revela.

Es comun advertencia, que la civilizacion sigue en su marcha sobre el globo la misma direccion que el sol en su carrera: abrigáronla el oriente, Grecia y Roma, ántes de que á la moderna Europa llegase; y esta observacion, y el ofrecerse este continente á vista de los marinos, cabalmente cuando parecia que iba á faltar terreno al movimiento civilizador, que llegaba entónces á los paises mas occidentales del mundo conocido, ha hecho creer á todos los que tienen un pensamiento sobre el porvenir del género humano, que la parte mas noble de sus destinos debe desarrollarse sobre este hemisferio, heredero presunto del mundo antiguo en los tesoros de la civilizacion. La idéa regeneradora de la humanidad, el cristianismo, aun no se desenvuelve en toda su estension ni produce sus últimos resultados; lucha todavía en el terreno de la



Europa moderna, si bien á punto de vencer, con el principio de la fuerza tiránica tan prodigiosamente desarrollada en los colosales imperios de la antigüedad. Y cuando la lucha se decida con el triunfo de las idéas evangélicas, no será sobre el palenque cubierto con los despojos del combate donde eche raíces el principio vencedor: á estas regiones nuevas á que la Providencia va trasladando poco á poco cuanto hay de útil y noble en aquella civilizacion; á este suelo vírgen que producirá centuplicadas las semillas del árbol que se seca al otro lado del mar, vendrá por último la raza humana á tocar el mas alto grado de su civilizacion. He aquí el destino de estos paises: servir de teatro á la regeneracion moral del hombre en el estado social. El transcurso de siglos enteros será tal vez preciso para preparar y obtener tan grande objeto; mas no por esto deben desmayar los pueblos destinados á conseguirlo. La Providencia, como los cuerpos celestes colocados á grandes distancias, y que parecen estacionarios aun cuando cambien de lugar, no da un paso visible sino despues de transcurrido mucho tiempo; mas no por eso se atraza el cumplimiento de sus designios que se realizan siempre á la hora necesaria; y los que tiene formados sobre el destino de estos pueblos, sobrado se columbran aun al travéz de los hechos presentes si se examinan en conjunto.

La Europa muere falta de creencias y sentimientos: á voz en cuello lo claman los escritores mismos, depositarios del tesoro moral de aquellas sociedades. En vano la prosperidad material echa un velo sobre aquellos paises, en que la vida interna se está agotando. El hombre no solo vive de pan, vive tambien de verdad; y allí no encuentran ya verdades ni el corazon ni la inteligencia. En una revolucion política y religiosa que ha durado siglos enteros, todas las idéas se han puesto en cuestion, todos los principios se han ensangrentado; y al término de la lucha, los campeones mismos han desconocido y renegado aun los dogmas porque tanto tiempo com-



batieran. Si bien ha cesado la exaltacion de los espíritus y calmado la fermentacion, no ha sido por el triunfo de ninguna idea, sino por el descrédito de todas; por la duda sobre el culto y sobre el gobierno, por el escepticismo político y religioso de toda una generacion incrédula. Por otra parte, el equilibrio de los elementos sociales en que consiste el órden público de aquellas naciones, tarde ó temprano debe perturbarse causando la ruina de los estados; y el espíritu mercantil que domina á los individuos, sentimiento egoísta y antisocial, no da esperanzas de reconstruccion. Hay allí hasta un presentimiento de muerte, en el desèo de regeneracion y reformas que atormenta á los espíritus.

Y cuando aquella civilizacion espire, la vitalidad del género humano debe refluir á alguna otra parte. ¿Y adonde con mas motivo, que adonde la flota de Colon vino á poner en salvo de la tormenta que amenazaba á la Europa, los gèrmenes regeneradores que yacian entre las ruinas de la feudalidad? Ya es tiempo de confesarlo. El celo fanático si se quiere de los religiosos españoles, y aun la lealtad algo ruda de los soldados castellanós, sembraron en este suelo, con las sublimes creencias del cristianismo y los generosos sentimientos de la caridad evangélica, semillas que germinan hace tres siglos, y que tarde ó temprano producirán frutos de vida para la humanidad moribunda. Nuestra historia no es otra cosa que el desarrollo lento pero incesante de aquellos dos principios. La Providencia trabaja visiblemente en desenvolverlos; y empléa como instrumento la influencia eminentemente moralizadora de los pueblos, la religion. No hay más que recorrer las pocas pero elocuentes páginas de nuestra historia, para palpar la intervencion inmediata del cielo en nuestros sucesos, y la constancia con que valiéndose de unos mismos medios, encamina á estas naciones, y con especialidad á la nuestra, aunque al travez de una peregrinacion difícil, hácia un destino grandioso y humanitario.



Llegaba apenas la Europa en la civilizacion, á aquel estado de virilidad en que los individuos engendran al sucesor de su nombre, cuando un atrevido marino puso en contacto los dos mundos. Esta y no otra era la época oportuna. Mas tarde la conquista del nuevo mundo no hubiera llenado su objeto: mas temprano, hubiera sido menester confiar aquel trabajo verdaderamente moral, á pueblos que no tenían otro medio de accion que la fuerza. Verdad es que todas las naciones de la Europa creyeron ver una presa en el continente descubierto y se lanzaron con avidez á repartirla; pero ya no fué el ciego espíritu de conquista que habia arrojado á las tribus bárbaras sobre la señora del mundo: hubo destruccion y sangre, porque con sangre se escriben todos los grandes acontecimientos; pero el signo de un poder de caridad precedia á las armas conquistadoras, y templaba la violencia de una invasion armada, la intervencion de hombres desinteresados, de verdaderos apóstoles del evangelio, que sin deséo de fundar la dominacion teocrática, ni esperanzas de tomar parte en la civil, se sacrificaban en el ardor de su celo por la causa de la religion y de la humanidad. La espada solo iba por lo comun, en México sobre todo, á tomar posesion del pais que la cruz habia conquistado; y este recibia generalmente, no el nombre del conquistador, como era la costumbre de aquel tiempo, sino un nombre religioso; para atestiguar que el triunfo habia sido de Dios y no del hombre. En fin, la conquista del nuevo mundo bien considerada, no fué sino la incorporacion de tribus idólatras en la gran familia de la cristiandad. Solo la religion trabajó en la taréa de moralizar estos pueblos, durante los tres siglos que pasaron en la escuela evangélica del sufrimiento y la humillacion; las idéas religiosas eran el único pasto moral que se prodigaba á los vencidos, y los ministros del evangelio su única defensa contra la opresion de los vencedores. Cuando en los designios del cielo llegó la hora de nuestra emancipacion, del templo salieron los que anunciaron al mundo que



México ya no necesitaba de tutores; y al reclamar la libertad, no lo hicieron solo á nombre de la razon, la religion fuè tambien invocada, y campeó en el primer estandarte nacional la imágen de la madre de Dios, del símbolo mas tierno del cristianismo, del vínculo material que une al género humano con el Dios que vino al mundo para libertar á los pueblos. Y este color característico de nuestra historia, semejante en cuanto á esto á la de muchas de las repúblicas americanas, esta marcha invariable, este desarrollo constante del principio religioso, que atraviesa toda la cadena de nuestros sucesos y aparece como agente en los mas importantes de nuestra vida social, ¿no indica sobradamente, que el cristianismo fuè trasplantado á estos países para desenvolverse sin oposicion y realizar aquí sus últimas consecuencias? ¿Que aquí se verificará en toda su estencion, el desarrollo de las virtudes evangélicas en el individuo, y de la igualdad y del órden en los gobiernos?

Tales son los planes de la Providencia sobre la suerte futura del género humano; y para realizarlos están llamados todos los pueblos del nuevo mundo. Muchos de ellos comprendieron ya su vocacion; y organizando su régimen interno, segun el nuevo espíritu de libertad que Dios ha inspirado al hombre, marchan unidos á la consecucion del objeto para que en comun han sido llamados. Otros empero, parece que quieren renunciar á colaboracion tan sublime, y desatendiendo las inspiraciones de la Providencia sobre su felicidad interior, gastan el vigor y el tiempo en escandalosas revueltas, como por vergüenza nos ha sucedido á nosotros, ó alucinados con la felicidad presente olvidan su verdadera mision, se persuaden de que la prosperidad industrial y financiera, que en poco tiempo han alcanzado, es el último fin de su vida social; y en su loco orgullo emplean aquellos dones del cielo contra el cielo mismo; pues que los emplean contra pueblos que debieran ver como hermanos en origen y destino, como coolaboradores en

10

la realización de un pensamiento providencial. He aquí lo que sucede á nuestros vecinos del Norte.

Por lo que hace á nosotros, entre las ruinas de la colonia española recibimos sobrados materiales para edificar en la nación mexicana un templo al orden y á la legalidad. El pueblo no salió del yugo extranjero desenfrenado é indómito; demasiado arraigado estaba en los corazones el respeto al poder, para que no hubiera sobrevivido á la revolución de los once años. La influencia moral de las ideas religiosas, y la influencia social de la gerarquía eclesiástica, sobrevivieron asimismo: los libertadores solo echaron por tierra la superstición que quiso hacerles frente; pero las creencias que hasta cierto punto obraron como agentes en la revolución, ántes de padecer se depuraron con ella, y el clero que dió distinguidas víctimas á la causa popular, debió ver redoblado su prestigio. Todos estos principios se fundian, por decirlo así, bajo la influencia de sentimientos tan generalizados en aquella época, que por sí solos hubieran podido producir la unidad nacional: universales eran entónces el fervor consiguiente á un triunfo obtenido tras una lucha dudosa y prolongada, la gratitud al cuerpo de valientes que consumaron la obra de nuestra emancipación, y la idolatría, porque no hallo otra palabra para expresar el entusiasmo de los corazones por el libertador de México, la idolatría del pueblo por el hombre á quien el cielo escogió como el instrumento principal de nuestra libertad. ¡Cuántos elementos de reconstrucción! ¡Cuántos medios de dominar los espíritus y los corazones! La máquina social parecia haberse arreglado por sí sola, y esperar únicamente el primer impulso. Lograda estaba la unidad de la nación, y no solo la unidad que proviene del influjo de ideas y sentimientos comunes, sino una unidad casi personal; la que resulta de la sumision de todas las voluntades á la voluntad de un solo hombre. ¿Y tan feliz reunion de circunstancias ha dado por fruto la nación de que hacemos parte? ¿Cómo pudieron des-



componerse bajo nuestras manos elementos combinados con tanta sabiduría? Hago mal de decir bajo nuestras manos: acaso entre todo este auditorio no se halla uno solo de los que la naciou debe llamar á cuentas. Unos cuantos fueron los que, por decirlo así, desconcertaron la obra de la divinidad. ¡Imbéciles! Porque nuestra emancipacion siguió de cerca á la tormenta que habia agitado la Francia á fines del último siglo, juzgaron idénticos y engendrados el uno del otro, dos hechos entre los cuales solo habia coincidencia. Creyeron que era lo mismo la locura de un pueblo caduco, que en el hastío de una larga vida social destruye las reliquias de una civilizacion agotada, que el instinto súbito de un pueblo naciente sobre su vocacion á un destino grandioso, y que se lanza al porvenir con esperanza y con fé; creyeron que debia echarse una linea entre lo pasado y lo futuro, que debia edificarse sobre ruinas, y como para destruir no se necesita genio, con el hacha en la mano se arrojaron á la carrera política. Convicciones, creencias, sentimientos, costumbres, instituciones, á todo alcanzó su furor de innovacion: hasta el libertador del pueblo, hasta la prenda viva que el cielo nos habia dado para el porvenir, cayó á manos de los ingratos, de aquellos á quienes no hubiera debido libertar, porque su imbecilidad los hacia buenos para el yugo. Y cuando todo estuvo por tierra, y cuando llegó la hora de la reedificacion, ¿qué materiales hallaron en la sociedad tan torpemente trabajada? La inmoralidad por todas partes, las ambiciones privadas con sus mas imperiosas exigencias, las clases influentes en actitud hostil ó defensiva, la gran unidad pública resuelta en facciones que se disputaban los despojos de la sociedad. Ni podia retrocederse al individuo para reorganizarla. ¿Cómo llamar á darse leyes á una generacion ignorante de sus obligaciones? El sistema representativo es inútil sin la moralidad; y aquí el trabajo preparatorio habia sido eminentemente desmoralizador. Ni las ideas rudimentales del orden social se habian sembrado en los espí-

12

ritus. Nadie sabía que la igualdad en el sistema de gobierno consiste en abrir la puerta del poder á los mas dignos, y en dar á todos medios de que lleguen á serlo: se concebía la elevacion sin el mèrito. Cualquier gobierno parte de la distincion entre gobernantes y gobernados, y ¿qué sistema posible, donde todos querian ser de los primeros? De ahí la imposibilidad de reforma, de ahí las continuas invasiones al poder, de ahí una raza de hombres que tienen el motin por sistema, y el desòrden por una forma de gobierno. Esto no es hacer acriminaciones, es referir la historia sin citar nombres ni datas. . . .

Pero no os desconsuele lo triste del cuadro que acabo de bosquejar, ni la amargura de las palabras que á mi pesar han salido de mi boca. Era mi ánimo hablaros solamente de los heroicos recuerdos, de las lisongeras esperanzas del pais, llevar vuestra memoria á las glorias de lo pasado, y vuestra imaginacion á la felicidad de lo futuro; mas al tener que saltar sobre los cinco lustros de oprobio que se han interpuesto entre los recuerdos y las esperanzas de un pueblo noble; al ver la página de infamia que se ha escrito en una historia, que pudo haber sido toda nobleza, progresos y felicidad, sin poderlo impedir la indignacion, se ha derramado por mis labios. Consueleos empero, que al contemplar las desgracias presentes, solo un remordimiento puede asaltar al pueblo, á la nacion; pesad bien mis palabras: al pueblo, á la nacion: el remordimiento de haber llevado la bondad hasta el exceso, de haber tolerado que de su nombre se abusase, de haberse dejado oprimir en su propio nombre. Y consueleos sobre todo, que si los errores de unos cuantos han desacreditado á la nacion entera, y han hecho que impunemente se nos desprecie y escarnezca en el extranjero, el cielo nos presenta hoy la ocasion de rehabilitarnos en el concepto del mundo civilizado.

Os lo he indicado ya. Una de las repùblicas americanas, uno de los pueblos que por su vocacion á un destino co-



mun no debian tener, por decirlo así, mas que una sola inteligencia y un solo corazon; un pueblo impregnado del mas ruin espíritu de cálculo, y que mas bien parece una reliquia de la vieja civilizacion dejada por olvido sobre esta tierra de generosidad y nobleza; un pais afrenta del continente americano, que protege la esclavitud en su seno, y que en sus relaciones exteriores no reconoco otro principio que el de la fuerza brutal, una nacion en fin, que no ha podido resistir la prueba de la prosperidad, porque la prosperidad es tambien una prueba, se ha desvanecido con su fuerza ficticia, ha perdido de vista su verdadero destino, olvidó por hacer de conquistadora el papel que le asignó la Providencia en la ejecucion de sus planes, y enemiga del cielo, hace la guerra á los demas pueblos encargados de realizarlos. Sus primeros golpes han caido sobre nosotros; el cielo, pues, nos elije por sus campeones. Fiemos en nuestra aparente debilidad, pues que Dios mismo tiene confianza en ella. La fuerza no viene del hombre sino del cielo y de la causa que se defiende; y nosotros vamos á pelear en nombre del cielo y por la causa de la justicia y de la humanidad. Sí, ciudadanos, vamos á combatir por lo que hay de mas santo y mas noble, contra lo que puede haber de mas ruin y mezquino en una empresa nacional; contra la codicia de unos aventureros que no buscan gloria sino botin en el combate. ¿Y ante una horda de bandidos sin Dios y sin patria seremos nosotros los ménos fuertes? ¿Nosotros que pelearémos en nuestro territorio, por nuestra libertad y por nuestra religion, por nuestras fortunas y por nuestras familias?

No os haga fuerza la confianza con que los enemigos se acercan ácia nosotros. Fian en las discordias que nos dividen, en las discordias que ellos mismos han fomentado; pero no calculan la influencia del peligro comun, no ven que atacan el interes de todos y que un sentimiento general de propia conservacion, va á restablecer la unidad perdida y á dirigir á un



solo punto las fuerzas de la nacion opuestas ó divergentes. Porque si queda alguna chispa de razon ó algun sentimiento generoso en los partidos, deben conocer que ha sonado la hora de la tregua; y que está en su interes burlar las esperanzas del invasor, y no darle el bárbaro placer de esterminarnos recíprocamente en su presencia. No se pide á las facciones que sacrifiquen ni su venganza ni su ambicion; en quanto á su venganza que la aplacen para cuando hayan conquistado el campo en que saciarla y en que gozar los frutos de ella; y por lo que hace á la ambicion, la palestra de las nobles ambiciones se ha abierto en las márgenes del Bravo. Allí está el honor, allí la gloria: allí deben ir los partidos para alcanzar el perdón de la patria: solo con sangre estrangera pueden lavarse las manchas de sangre mexicana con que se han cubierto durante la guerra civil. Allí debe ir tambien el pueblo, para probar al mundo que si en nuestras contiendas interiores ha aceptado solo el papel de espectador ó de víctima, no ha sido por falta de valor civil ni militar, sino porque su valor civil, con mas ventaja que en una lucha fratricida, se ha manifestado en la cordura y el sufrimiento; y porque su entusiasmo marcial retrocedía ante la idea de derramar sangre mexicana. Pero hoy, ciudadanos, el cielo os da ocasion de saciar hasta el hastío sin consideracion ni remordimiento vuestro valor guerrero: ni sangre americana habremos de verter al repeler la invasion, ¿porque quienes nos invaden? la escoria de la humanidad, los proscritos de todas las sociedades que hallan abrigo bajo las banderas de nuestros enemigos. ¡Dignos campeones de semejante causa! ¿Y dudaremos un punto en volar á esterminarlos? . . .

Ya nuestro valiente ejercito desertó las enseñas de los partidos, y lleva el camino de la frontera que es hoy el camino de la gloria. Jamas nuestros soldados pudieron envilecerse hasta abandonar á la patria en el peligro: debe haber un germen de patriotismo, de honor y de nobleza en la clase que

14

solo punto las fuerzas de la nacion opuestas ó divergentes. Porque si queda alguna chispa de razon ó algun sentimiento generoso en los partidos, deben conocer que ha sonado la hora de la tregua; y que está en su interes burlar las esperanzas del invasor, y no darle el bárbaro placer de esterminarnos recíprocamente en su presencia. No se pide á las facciones que sacrifiquen ni su venganza ni su ambicion; en cuanto á su venganza que la aplacen para cuando hayan conquistado el campo en que saciarla y en que gozar los frutos de ella; y por lo que hace á la ambicion, la palestra de las nobles ambiciones se ha abierto en las márgenes del Bravo. Allí está el honor, allí la gloria: allí deben ir los partidos para alcanzar el perdón de la patria: solo con sangre estrangera pueden lavarse las manchas de sangre mexicana con que se han cubierto durante la guerra civil. Allí debe ir tambien el pueblo, para probar al mundo que si en nuestras contiendas interiores ha aceptado solo el papel de espectador ó de víctima, no ha sido por falta de valor civil ni militar, sino porque su valor civil, con mas ventaja que en una lucha fratricida, se ha manifestado en la cordura y el sufrimiento; y porque su entusiasmo marcial retrocedia ante la idea de derramar sangre mexicana. Pero hoy, ciudadanos, el cielo os da ocasion de saciar hasta el hastío sin consideracion ni remordimiento vuestro valor guerrero: ni sangre americana habremos de verter al repeler la invasion, ¿porque quienes nos invaden? la escoria de la humanidad, los proscritos de todas las sociedades que hallan abrigo bajo las banderas de nuestros enemigos. ¡Dignos campeones de semejante causa! ¿Y dudaremos un punto en volar á esterminarlos? . . .

Ya nuestro valiente ejército desertó las enseñas de los partidos, y lleva el camino de la frontera que es hoy el camino de la gloria. Jamas nuestros soldados pudieron envilecerse hasta abandonar á la patria en el peligro: debe haber un germen de patriotismo, de honor y de nobleza en la clase que

16

pueblos tienen su patrimonio de felicidad, y el pueblo mexicano aun no comienza á disfrutar el suyo: la Providencia, pues, no puede negarnos el porvenir. Podrá permitir para agravar el reato de nuestros enemigos, que sucumbamos en los primeros encuentros; que derramen mucha sangre inocente; que talen gran parte de nuestro territorio, que sus defensores cejen algunos pasos; mas cuando se llene la medida de la justicia divina, una especie de virtud elástica nos hará arrojarnos sobre nuestros invasores, arrollarlos hasta la frontera, perseguirlos hasta sus hogares, y vengar allí con justas represalias, las consecuencias de una invasion inicua. Los antiguos en los grandes acontecimientos públicos, acostumbraban consultar sus oráculos; nosotros no tenemos otro oráculo que la Providencia, ni otro órgano de sus voluntades que el instinto de nuestro corazon; ocurrid, pues, á el, interrogadle con fé, y os dirá que no es la voluntad del cielo que sucumbamos, que el Dios de los ejércitos está con nosotros, que nos aguarda la victoria. La nacion entera debia emigrar del norte para presenciaria: tan importante así es la cuestion que va á decidirse. Se trata de continuar la empresa de nuestros padres; se trata de rechazar el espíritu especulador á que ellos dieron el primer golpe, y que procura establecer de nuevo sobre este pais la dominacion estrañera; se trata en fin, de saber si hemos ó no de tener patria en lo futuro. ¿Y habeis pensado alguna vez lo que sería no tener un rincon en el mundo á que poder llamar mi patria? ¿Habeis pensado cuales serian las maldiciones de nuestros hijos, cuando la opresion del vencedor sobre la raza vencida, les obligase á abandonar la tierra de sus padres?... No, ciudadanos, ¡la muerte ó la victoria! Una vida gloriosa, ó una muerte endulzada con la esperanza de que nuestros hijos vendrán libres y felices á sentarse para meditar en lo pasado, sobre la losa de nuestras tumbas. La gloria si morimos en la demanda; si vencemos la gloria y la felicidad!—DICE.